

## **Latinoamericanidad transcultural.**

### **Roberto Bolaño: la escritura como paradigma multicultural**

**Dra. Cecilia López Badano**

**(Universidad Autónoma de Querétaro)**

En *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, dice García Canclini: “La pregunta sobre qué significa ser latinoamericano está cambiando a comienzos del siglo XXI, se desvanecen respuestas que antes convencían y surgen dudas sobre la utilidad de tomar compromisos continentales” (2002, p. 18); si tomamos estas palabras como una realidad contemporánea, podríamos decir que Roberto Bolaño es, desde sus ficciones nomádicas, el último autor que asume ese compromiso continental, lo lleva a sus extremas consecuencias en la palabra y lo desintegra en el crepúsculo de una identidad que, en el desgarramiento del exilio, sólo se sostiene en la crispación de la incertidumbre.

El crepúsculo de la “latinomericanidad” llegó de la mano de los asesinos de utopías y los demás nos hundimos sumidos en una pesadilla, en el “fondo de un corredor en tinieblas donde se movían imperceptiblemente los bultos oscuros del terror latinoamericano” (SENSINI, 1997, p. 22), o quedamos balanceándonos sobre el vacío, aferrados a algún frágil fragmento de lo que alguna vez fue un ideal.

¿Qué hay para Bolaño más allá de ese corredor?: exilio, ajenidad, diáspora, trashumancia, por ello, el elemento constante en sus textos es la marginalidad, el exilio de una nación, de una situación política o del canon, condición que trasciende la representación psicosocial para ser el motor filosófico que lleva a una visión disfórica del mundo local a través de los personajes, disforia convertida en ideología estética cuando exclusión y marginalidad lo son en relación con los modelos canónicos de una

época, motivo particular y metaliterariamente tematizado en la novela *Los detectives salvajes* con respecto al canon poético mexicano contemporáneo a su temporalidad inicial. Esa visión es el concepto soporte de una ideología estética que, si bien muestra las consecuencias de la postmodernidad, no las asume con ligereza neoliberal, ni como juego vanguardista, sino que las encarna en la letra como asordinado drama, así, la elección de este tipo de personajes marginales puede interpretarse desde lo que el teórico Slavoj Žižek denomina como el “gesto político de izquierdas por antonomasia”: el de “identificarse con el síntoma”. Esa actitud:

consiste en cuestionar el existente orden global concreto en nombre de su síntoma [...] de aquella parte que, aún siendo inherente al actual orden universal, no tiene un ‘lugar propio’ dentro del mismo (por ejemplo, los inmigrantes clandestinos o los sin techo) [...]; el proceder de izquierdas reivindica enfáticamente (y se identifica con) el punto de excepción/ exclusión, el “residuo” propio del orden positivo, concreto, con el único punto de verdadera universalidad (p. 66).

En casi toda su obra se consolida el multiculturalismo textual, una polifonía de dialectos: un producto literario netamente original, que tiene al exilio y la trashumancia como punto central de su constitución ideológico-estética; la particularidad que modela esta producción es ese punto de vista móvil, lejano, de un “alien” marginal, siempre al borde de la locura que no detona sino como perpetua inquietud manifestada sólo como puesta en abismo literaria: eco de un relato distante, desapasionado o “postpasional”.

Cabe señalar acá, entonces, en qué sentido se utiliza el término “multicultural”: no es en aquel, tan caro al neoliberalismo que nutre cierta crítica postmoderna contemporánea, exaltador de diferencias “de raíz”, de diversidades superficiales que actúan sólo como pantalla encubridora de la homogeneización antihumanista impuesta por la lógica del “divide y reinarás” propia del capitalismo hegemónico, al tiempo que nulifica cualquier intento de concientización política contra esa homogeneización y reduce así la lucha por la conciencia a peticiones de

reivindicaciones étnicas o genéricas cada vez más inconducentes en lo que a “humanismo” respecta, por representar identidades cada vez más particularizadas.

Dice también Zizek:

La forma ideológica ideal de este capitalismo global es el multiculturalismo: esa actitud que, desde una hueca posición global, trata *todas y cada una* de las culturas locales de la manera en que el colonizador suele tratar a sus colonizados “autóctonos” cuyas costumbres hay que conocer y “respetar”. La relación que existe entre el viejo colonialismo imperialista y la actual auto-colonización del capitalismo global es exactamente la misma que existe entre el imperialismo cultural occidental y el multiculturalismo. Al igual que el capitalismo global supone la paradoja de la colonización sin Estado-Nación colonizador, el multiculturalismo promueve la eurocéntrica distancia y/o respeto hacia las culturas locales no-europeas (2008, p. 56).

En la literatura de Bolaño, al narrar desde puntos de vista no eurocéntricos, sino marginales, o mejor dicho, deliberadamente “periféricos”, el multiculturalismo se constituye en un sentido prístino, primitivo, liberado de las resonancias del neoliberalismo capitalista; jamás se propone como meta ese gesto estético que, como artificio ficcional, da voz a “los sin voz” expresándose a través de subyacentes formulismos de reivindicación étnica. Escribir desde puntos de vista “periféricos” no debe ser entendido aquí como ese otorgamiento (etnocéntrico) de la palabra, ya que, en general, sus personajes tienen un escolarizado uso de ésta, por lo tanto, no parecen necesitar que el autor la otorgue como concesión, como ficción poética, y en ello se basa parte del juego literario polifónico de pulverización de la centralidad.

Exilio y nomadismo permanentes obligan al escritor a construir desde afuera — desde el margen de una racionalidad apetecida pero inaccesible — oscilando entre extrañamiento y asimilación, en contrapunto con el mundo local. Ese punto de vista itinerante humaniza la crudeza de la realidad, aunque a veces la vuelva patética, atenúa el juicio de valor unilateral y anula tanto la moralizante censura pseudoética, como el relativismo cultural que tradicionalmente había sido presentado

desde el etnocentrismo peyorativizador del otro: ahora, a través de la estética literaria, se transforma en magistral perspectivismo que fractura la unicidad imposible.

Su literatura es un ejemplo exquisito de lo que Arjun Appadurai denomina “esferas públicas en diáspora”, ese fenómeno que enrarece las teorías sociológicas (y literarias) dependientes de la continuidad de la importancia del Estado-nación como árbitro fundamental de los cambios sociales (también de los cánones): con Bolaño se inaugura lo que Patricia Espinosa ha denominado “latinoamericanidad deslocalizada” (2003, p. 13), en un juego literario permanente entre esa Latinoamérica transnacional en fuga y lo local de los sitios que lo permearon (Chile, México, Cataluña, África, Europa del Este). Como ella afirma: “Su itinerancia se vuelca en pretender una suerte de neonacionalidad, gesto que demarca, trasciende y amplía el lugar latinoamericano” (2003, p. 22).

Si como señala García Canclini: “América Latina no está completa en América Latina y su imagen le llega en espejos diseminados en el archipiélago de las migraciones” (2002, p. 19), Bolaño es quizás quien mejor ha sostenido ese espejo de fragmentación y locura trashumante para nosotros y para el mundo, creciendo en la fascinada lectura que corre de boca en boca como la fama de Archiboldi en su genial novela póstuma.

Es también en esa novela magistral donde el conflicto dramático entre lo global y lo local — la “glocalización” según el decir de Robertson (cit. en Castro Gómez; Mendieta 12), entendiendo en el neologismo la designación de los procesos asimétricos de interacción entre lo local y lo global — se manifiesta intensamente en los múltiples desarraigos, que van tanto del de las muchachas que abandonaron sus pueblos natales en busca de un futuro mejor en las maquiladoras — y terminaron salvajemente asesinadas —, al del profesor enloqueciendo entre las voces de sus antepasados muertos recordándole el origen en medio de su desarraigo sonoreense y reafirmando, con su sonsonete enfermizo, la idea de que la fijeza de lo local es

imposible para el exiliado, pues trae consigo fragmentos de otras tradiciones que intersectan sin conjugarse con las locales.

¿Dónde está la patria cuando la nación existe sólo como recuerdo o irremediable disolución — cuando la identidad colectiva ha sido pulverizada, porque era sólo utópica? La pregunta nunca aparece así planteada en su obra (aunque la “desterritorialización” de sus personajes es una declaración) pero muchos de los textos latinoamericanos contemporáneos escritos por exiliados traslucen una respuesta posible: en la apelación al canon nacional, a la nostalgia, y en la lengua literaria latinoamericana que, para salvar distancias entre hablantes de diversos dialectos ante la concreción de sentirse un otro entre los mismos, se vuelve enciclopédica, metareferencial.

La diferencia estilística entre el uso que ellos hacen de la lengua y el de Bolaño está en que, si bien su opción es por la(s) patria(s)-lingüística(s), no hay enciclopedia, ni estandarización, ni metareferencialidad discursiva que facilite la tarea del lector : hay una lengua móvil, diaspórica y multiforme, marcada por un polifónico sentido de la oralidad que recoge los ecos de los lugares por donde pasa, y se “localiza” en cada uno de ellos, característica que se vuelve particularmente notable en *Los detectives salvajes*, donde, al pasear por casi todos los dialectos y modismos del español en la construcción oralizada de los testimonios que cubren la itinerancia de los personajes, la heterotopía literaria se consolida, no sólo sobre el viaje y la trashumancia, sino sobre el multidialectalismo.

Por lo dicho, no afirmaré, como hace Espinosa, la condición de una “latinoamericanidad hibridada” (2003, p. 30) en la literatura de Bolaño, puesto que, precisamente porque esa lengua casi nunca es estandarizada (excepto en los momentos en los que la oralidad desaparece o en los que se refiere y terceriza el discurso de extranjeros al español), tampoco puede ser híbrida, ya que las “patrias

lingüísticas” de procedencia se marcan en ella, y la nacionalidad — en fuga — del personaje se configura a través de su dialecto.

La característica heterotópica de la selección discursiva y no sólo de la múltiple localización geográfica de la escritura de Bolaño, pone a ésta en respuesta a la globalización, ya que la “glocalización” que mencionamos queda materializada en ella también en términos estéticos: cuando el contrapunto lingüístico entre la callejera oralidad local vuelta escritura y la escritura del elevado nivel estándar (global) de la lengua es utilizado como el propio lenguaje literario de re-presentación, éste se vuelve deliberada configuración estética y, por lo tanto, contrapuntística discusión internalizada estilísticamente entre lo global y lo local — entre las nacionalidades en pugna dentro de la latinoamericanidad lingüística, y el aprendido castellano estándar que todos los lectores entendemos —: “estilo glocal” latinoamericano en el exacto significado del neologismo, pero no hibridez, sino textos que, más que a una literatura local, pertenecen al español como multifacética identidad lingüística.

El mencionado contrapunto requiere un fuerte apoyo sobre la condición de oralidad que articula gran parte de los cuentos y numerosas escenas de su novelística —; la configuración de esta condición incluye tácitamente un interlocutor implícito en quien pervive el rastro arcaico de la tradición oral. Los relatos se arman en ese español proteico con el orden caótico de una catarata, para ser escuchados por alguien que va perdiéndose en un laberinto de hechos torpes, inciertos, oyente perplejo más que lector en busca de la armazón del texto, cuya propia confusión define la lógica narrativa intrínseca — oyente implícito que es también puesta en abismo literaria en la que cae la cascada.

Se articula así, a través del multidialecto, la manipulación constante de las distintas perspectivas narrativas; se instalan “diversos focos de aproximación a un suceso que aligeran y ambivalizan su verosimilitud” (ESPINOSA, 2003, p. 30); de este modo se rompe cualquier idea de unidad, de identidad subjetiva consolidada, cualquier

petición idealista de verdad. La identidad subjetiva se reduce a la huella lingüística de una existencia, salvada en la fijeza tersa y/o violenta de una narrativa que desvía el sentido, desconfigura al sujeto, y oculta marcas intertextuales, donde devenir y finalidad se oponen. Más allá de la abrumadora fijeza parlante de la palabra escrita — que parece ser la única tabla de salvación — el hombre se esfuma, su identidad se evapora.

A través de ese “intentar cartografiar itinerarios existenciales” donde se mantiene “la búsqueda sin *telos*” (ESPINOSA, 2003, p. 20) de los personajes, viaja también el lector en busca de significados, pero encuentra sólo uno: el de que no hay epifanía — tampoco literaria — sino sórdido paseo trashumante en inconducente búsqueda del sentido total; así logra Bolaño que su lector, por más “territorializado” que esté, se convierta al exilio, al extrañamiento, a la “ajenidad”.

La *promenade* literaria a-epifánica se refuerza con dos elementos estéticos: por un lado, el trabajo escriturario donde si bien las historias son múltiples y revelan el manantial inagotable de la imaginación autoral, también son fragmentarias, y el fragmento casi siempre se coloca en la frontera con el silencio, en la nostalgia de unicidad. Por el otro, la ausencia de revelación en los finales: allí su literatura imita el *non sense* de la vida de los personajes grises, donde la teleología de los actos parece estar excluida o revertida. Si, como señala Ricardo Piglia “los finales son formas de hallarle sentido a la experiencia: sin finitud no hay verdad” (2000, p. 119), el empeño de Bolaño es mostrar, a través de una enunciación literaria abierta, hecha por personajes ambiguos, extranjeros a la lógica esperable, tanto la ausencia de verdad como el sinsentido de la trashumante búsqueda del sentido.

¿Cómo logra materializarlo?: el cuento moderno tradicional se vuelve una elipsis de significado contundente y paradigmático revelado en un final muchas veces efectista. En Bolaño esta estética aborta: no hay sentido secreto cifrado en la narración, y si lo hubiera, como parecería ser en “Buba” (*Putas asesinas*, 2001), es

inefable o bien intraducible culturalmente; elige entonces jugar con la expectativa y defraudarla: en eso cifra su juego estético; así se invalida el horizonte y la visión de la realidad desconocida: queda sólo la trashumancia, la concreción del viaje sin destino.

Sus finales son la materialización de la frontera con el silencio que ya mencionamos: el borde abismal del fragmento del que quedan colgados los personajes y el lector en la búsqueda del sentido, en la nostalgia de la deseada totalidad de imposible acceso, por lo tanto, los dos factores señalados trabajan de consuno en una lógica narrativa que consolida estéticamente la entrega al vacío, la huida y la difuminación.

Si es en el final donde se percibe la transparencia formal que permite “proyectarse más allá del fin para percibir el sentido” (PIGLIA, 2000, p. 125) y esta percepción diferida es lo que diferenciaba arte (literatura) de vida, al defraudarla y/o abolirla, Bolaño anula también la diferencia entre ambas, pero en la ordenada verborragia de la narratividad indefinida que hace proliferar rizomáticamente los relatos, se estetiza el *non sense* vital en un gesto de resistencia a esa concepción del arte (de la literatura) como provocación (del autor) y percepción (del lector) de un sentido insólito que será revelado, de una epifanía.

Se configura así la índole de esta textualidad de exilio, multidialectal, nómada, transcultural y paradigmática de la condición intelectual latinoamericana contemporánea: en la singularidad de esa escritura producida por un chileno que escribe en Barcelona pensando como mexicano se halla la latinoamericanidad que ha trascendido el realismo mágico para verse desnuda y rehacerse frente a los espejos internacionales más allá de las etiquetas esencialistas. Muchas gracias.

## Referencias



APPADURAI, Arjun. *La aldea global*. Disponible en:  
<<http://www.globalizacion.org/biblioteca/AppaduraiAldeaGlobal.htm>>.

BOLAÑO, Roberto. *Amberes*. Barcelona: Anagrama, 2002.

\_\_\_\_\_. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.

\_\_\_\_\_. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama, 1996. (Novena edición en “Compactos”, 2006).

\_\_\_\_\_. *Llamadas telefónicas*. Barcelona: Anagrama, 1997.

\_\_\_\_\_. *Putas asesinas*. Barcelona: Anagrama, 2001. (Segunda edición en “Compactos”, 2006).

CASTRO-GÓMEZ, Santiago; MENDIETA, Eduardo (Coords.). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: University of San Francisco, Miguel Ángel Porrúa, 1998.

ESPINOSA, Patricia (Comp.). *Territorios en fuga. Estudios críticos sobre la obra de Roberto Bolaño*. Santiago: Frasis, 2003.

GARCIA CANCLINI, Néstor. *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

PIGLIA, Ricardo. *Formas breves*. Barcelona: Anagrama, 2000. (Primera edición argentina, 2005).

ZIZEK, Slavoj. *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur, 2008. p. 63-70 y p. 55-62.